

Una niña se asoma al complejo mundo

Los abismos

PILAR QUINTANA

Alfaguara, Bogotá, 2021, 250 pp.

LO PRIMERO que vino a la memoria al leer *Los abismos* fue la obra *Crónica civil*, del grupo Ananda Dansa, de España, que se presentó en el Festival Internacional de Teatro de Manizales, en 1987. Se trataba de una visión muy particular de la guerra civil española, pues la boca del escenario estaba cubierta por una gran tela blanca que solo permitía observar el cuerpo de los actores de la cintura para abajo, y los objetos que ellos llevaban y traían de un lado para otro. Era la guerra vista a través de los ojos de los niños, desde la altura a la que ellos la podían ver. Esa función fue una experiencia impactante, que décadas después recuerdo con nitidez. Aún guardo un LP con la música de este montaje.

Ahora, Pilar Quintana, en su novela *Los abismos*, me transportó al despertar de conciencia de una niña de siete u ocho años, a través de lo que vive, observa y siente, en medio de un ambiente marcado por la impronta patriarcal y el desamor, por los desamores heredados. Alcanza a dar un tanto de envidia —de la buena— la fluidez de su escritura, pues discurre en forma natural, con un lenguaje sencillo, transparente, que se entremete en la mente y el sentir de los personajes a medida que Claudia, la protagonista, se asoma al mundo; contempla la naturaleza que la rodea en forma de plantas que interactúan con ella, mientras va llegando a los conflictos interiores, interpersonales y exteriores de los adultos cercanos.

Podría tomarse por un libro sencillo o simple, pero detrás de cada descubrimiento de Claudia, de cada escena, hay una carga de profundidad que lleva a pensar cómo el machismo está metido hasta el fondo en las entrañas de la sociedad; más metido de lo que a veces intuimos. La autora lo ejemplifica mediante actitudes, palabras, gestos, acciones, muchas veces casi imperceptibles, inconscientes, aunque otras muchas conscientes, que descalifican, que entorpecen las iniciativas de las mujeres. Aquí se ve plasmado en una

saga familiar cuyos integrantes, desde los abuelos, le cierran las puertas a la formación integral y al desarrollo pleno de las mujeres, al ejercicio de su libre albedrío en todos los campos: el estudio, el trabajo y la escogencia, por sí mismas, del verdadero amor. Con cortas escenas, momentos que no parecen significativos, Pilar Quintana muestra gráficamente cómo la conveniencia y el interés son los patrones que rigen la existencia de estos seres incapaces de asumir a plenitud el amor, que sobrellevan vidas rotas, llenas de heridas, cicatrices y frustraciones. De esta forma, el resultado que obtienen es la instalación del hartazgo, el aburrimiento e incluso el alcoholismo como pan de cada día.

El explosivo coctel conlleva traiciones, celos, el sentirse dueños unos de otros y la sucesión de familias disfuncionales. Entonces, la depresión, la dependencia e incluso el suicidio son los patrones comunes que se van transmitiendo. Lo que encontramos en esta novela, aparte de la espontaneidad con la que Claudia cuenta su historia, es cómo ella, apenas con guiños, deja al descubierto el mundo de los adultos que la circundan: existencias mal vividas, desperdiciadas por la imposibilidad de la realización laboral, creativa y personal.

Un acierto más de la autora es que con frases cortas, con situaciones al parecer intrascendentes, desnuda otras taras heredadas: el racismo, el clasismo, el desprecio hacia aquellos que se consideran seres inferiores por el color de su piel, su procedencia o su pobreza; el clasismo llega a ser algo natural, normal, socialmente aceptado. Comportamientos que pasan de generación en generación, pues, por ejemplo, no está bien visto congeniar con las empleadas del servicio doméstico ni interesarse sinceramente por sus desdichas y preocupaciones. Lo anterior se refleja, además, en las habitaciones que ellas ocupan en casas que Claudia ha habitado o visitado.

Esa mirada fresca de la niña, al revelar las verdades que se buscan ocultar, abre el camino para describir con igual frescura la ciudad en la que se desarrolla la trama, Cali, la llamada “sucursal del cielo”, que está de cuerpo presente a lo largo de varias páginas, con su acogedor clima, su brisa, la vegetación que la rodea, lugares de especial belleza,

sus barrios, el río, su zoológico... Una especie de paraíso (aunque “no hay paraíso sin serpientes”, dice el poeta) que, paradójicamente, para este tipo de familias es la antesala a las puertas del infierno cotidiano.

El libro transcurre a través de cuatro partes en las que poco a poco la escritora muestra la evolución de Claudia, lo que al comienzo de esta nota llamaba el despertar de su conciencia frente a la existencia, en paralelo con la involución de sus padres y adultos cercanos, incapaces de amar y de vivir vidas abiertas, claras, transparentes.

A lo largo del libro encontramos frases contundentes que definen bien el carácter de los personajes. De su madre, también llamada Claudia, el mayor cumplido que recibe la pequeña es, algunas pocas veces, ser llamada “tocaya”, cuando Claudia mamá sale del ensimismamiento de la depresión. Y de sus familiares tampoco recibe mucho amor; más bien, una herencia negativa: la de hijos no deseados. Dice el padre sobre el día de su nacimiento: “La bebé más fea de la clínica” (p. 32).

Algo singular es cómo la autora consigue que la protagonista hable desde una aparente neutralidad, un no sentir; Claudia hija resulta ser una especie de observadora objetiva que registra todo lo que pasa a su alrededor. Esta forma de narrar le facilita no caer en melodramas, lo que hace aún más contundente el relato que me fue golpeando casi sin darme cuenta. Así ocurre cuando mira a su madre y al amante de esta: “Por debajo de la puerta del cambiador los zapatos de Gonzalo y mi mamá, mocasines cafés contra tacones rojos, se entrelazaban” (p. 53). Solo recuerdo un momento en que Claudia hija siente el peso de la realidad en su cuerpo, cuando escucha que sus padres se van a separar: “[...] en el pecho yo tenía incrustada una cosa dura como una bola de cristal” (p. 66). Y luego, la particular forma en que la niña expone los hechos:

La tempestad era en el cuarto de mis papás. Era la voz de mi papá. Una voz que salía de adentro, no de su garganta sino de la barriga, como antes de temblar la tierra ruge. La voz de mi mamá, una hebra delgadita, se percibía en los pequeños espacios que él dejaba. No se entendía lo que decían. Únicamente

los gritos y la vibración. Únicamente la furia. (p. 67)

Llegué en un momento a reflexionar sobre si lo que pensaba y describía Claudia no era demasiado evolucionado para alguien de su edad, pero basta interactuar con niñas semejantes para comprobar que no tiene un ápice de exagerado o improbable.

Sobraría afirmar que esta novela no es un tratado sociológico o psicológico. Lo que digo de ella es lo que viene aflorando después de la segunda lectura del libro, pues la primera vez me embujó, la segunda igual, y solo han ido emergiendo las interpretaciones a medida que hablo del libro. Escribo sobre lo que me deja, sobre lo que aprendí y aprendo de él a medida que lo recuerdo y reviso los apuntes tomados. Es una novela hechizante que no permite mirar para otro lado, y su protagonista despierta amor y ternura, al tiempo que con sus actos y las pocas frases pronunciadas envía alertas a los suyos, algunas de ellas bastante radicales, sorprendentes, imaginativas.

Una virtud de esta obra, galardonada con el Premio Alfaguara de Novela 2021, es que Pilar Quintana logra construir un personaje creíble, poseedor de un lenguaje propio. Supo meterse al interior de la niña para narrar el mundo desde su visión, con sus propias palabras y sentires.

Guillermo González Uribe